

«PEDRO FERNÁNDEZ FALAGÁN, SACERDOTE, MAESTRO... AMIGO»

José Domínguez San Martín¹

Tantos días, muchas horas y algunos años vividos juntos en la preciosa ciudad del Tormes, la Salamanca universitaria, dan mucho de sí.

Sé que con estas simples palabras escritas es imposible describir todos los momentos, paseos, charlas, viajes, salidas al campo, fiestas, comidas, eucaristías, ratos de oración que compartimos a lo largo de todos esos años.

Eran las 11 de la mañana de un jueves del año 1996, cuando paseábamos por el claustro de la Universidad Pontificia, después, de tomar un café y respirando con un descanso entre clase y clase con otros compañeros, alguien que te conocía dijo: ¡oye, por ahí viene Pedro! ¡Qué Pedro, le contesté yo! Pedro Fernández Falagán, es sacerdote y profesor de la Facultad de Pedagogía de la Pontificia, te he hablado alguna vez de él. Sí, ese sacerdote que es de la diócesis Astorga, de la Hermandad Operaria. ¡Ah, sí, preséntamelo!

Y así fue como por primera vez conocí, hablé un rato, intercambié unas palabras con este ser, enjuto, serio, de razonable e impetuoso genio. Pues, lleva en la sangre el rudo y noble carácter leonés. Es valdornés, de Fresno de la Valduerna, ¡nada menos! que nació bajo el manto de la Virgen de Castrotierra, y todo se pega.

Las primeras impresiones me resultaron muy curiosas y llamativas, y bastante interesantes.

1. Pepe, para todos sus conocidos y amigos, es presbítero diocesano de Astorga. Realizó la Formación Permanente del Clero en la Universidad Pontificia de Salamanca para licenciarse en el Bienio Teológico. Desempeñó cargos docentes y administrativos en la Universidad Pontificia de Salamanca. Tiene estudios de historia y actualmente ejerce docencia en el Colegio Diocesano San Ignacio de la ciudad leonesa de Ponferrada compartiendo las tareas didácticas con las propias del ministerio pastoral.

Siendo de Astorga, cómo es que llegaste hasta aquí, le pregunté en son de curiosidad.

Pues ya ves, me contestó raudo y con prontitud.

De pequeño, como a tantos de los niños de aquel entonces y por aquellos años de la postguerra, como niño pequeño me trajeron para Salamanca, dejando el terruño de Fresno, a la familia y... todos los recuerdos del pueblo. Pero... de todas formas, con cara sonriente exclamó y ¡que suerte! No dejaba de ser una lotería el poder salir del pueblo para poder hacer unos estudios, ya sea... y de aquella era solo en los colegios de curas.

Pasaron los años de internado, horas y horas de estudio, de oración, donde hubo momentos de todo, –me comenta emocionado– siempre con recuerdos, casi siempre muy agradables, felices.

Y sigue comentado, hubo momentos de dudas... pues según van pasando los años y uno, va madurando y se hace mayor, tiene que tomar la decisión de seguir los Estudios Eclesiásticos y ser sacerdote que tiene que conjugar con los de Pedagogía.

Una vez acabado los estudios se ordena sacerdote, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios, incardinado en la Diócesis de Astorga, de la que siempre habla con emoción y gratitud.

Posteriormente, le encargan la dedicación de sus primeros años a la enseñanza en el seminario, como formador y vicerrector de seminaristas y a impartir ciencias de la educación, de pedagogía, latín, etc. Sus dos grandes vocaciones, el sacerdocio y la enseñanza a la que dedica, me dice cerca de 40 años ya, pues, ya llevo casi 60 años en Salamanca, ya ves un leonés, charro.

Amplía sus estudios de doctorado, arduo trabajo de campo, pues en estos tiempos el que lo hace tiene que ser todo a base de apuntes, fichas, folios y folios a mano, dice ¡oh, cuanto trabajo hubiese evitado si hubiese existido el ordenador, pero todo eran apuntes a mano! Todo a mano, un montón de papeles, cuantos números y cuentas tuve que hacer, pues casi todo era estadística.

Ahora, ya tiene ordenador, uno de mesa que le ha dado bastantes dolores de cabeza y por fin ha pasado al portátil, ¡menos mal! Es una ventaja, dice contento.

La dislexia, ese era su preocupación, que aún sigue siendo y en la cual sigue trabajando e investigando actualmente, pues, desde que se jubiló, dice que ahora sí que tengo tiempo para dedicarle.

Y su vida es la comunidad de la Hermandad de Sacerdotes Operarios de la que se siente orgulloso de pertenecer a ella. Como humano es de un buen paladar, hecha de menos el potaje de León, y un buen Cermeño que acompaña la comida no está mal, pero solo de vez en cuando.

Recuerda siempre, en esos largos paseos de la calle Toro, la de Zamora, etc., o algunas salidas de visita, siempre se va a León, recuerda a su tierra, a su familia, a sus padres, de vida longeva, de sus viajes al extranjero y pericias acontecidas como en Brasil, cuando tuvo que pasar largos días con un brazo roto en estrabillo.

Como amigo, yo diría que es una persona que va de frente, busca la verdad, es callado y moderado y sabe escuchar aunque se obstine en el logro de la verdad a pesar de los disgustos que le conlleva.

Es apreciado por sus alumnos, aunque dicen que es algo duro con ellos.

Pedro, has dejado huella en tu paso por la Universidad Pontificia de Salamanca, la de un buen maestro del saber estar y ser. Empeño, trabajo y dedicación ha sido su vida, su vocación, ejemplar sacerdote, gran profesor y educador y sobre todo una buena persona y un excelente amigo.

Solo decirte gracias. Que Dios te lo premie.